

Problemas y ritmos de la modernización económica peninsular en el siglo XX

Eloy Fernández Clemente

Las estructuras

Sobrepasar, en vuelo rápido y sin apenas matices, todo un siglo peninsular supone un alto grado de audacia. Sin embargo, a ese tipo de retos estamos acostumbrados los historiadores, y también a responder a ellos cuando se nos hacen. Es un esfuerzo y un riesgo que tienen por contrapartida lo atractivo de la perspectiva comparada y de la presentación a colegas españoles del interesante panorama portugués. Al igual que ocurre en otros muchos aspectos (incluido el caso del idioma portugués frente al español, gallego, catalán o aragonés), en este recorrido encontraremos con frecuencia semejanzas espectaculares que, analizando un poco, quizá no lo sean tanto, mientras que cuando las trayectorias parecen alejarse, quizá no lo estén tanto. Es el espejismo tradicional que afecta a cuantos estudiamos, con amor y respeto, ambas historias.

Para establecer la historia común desde una perspectiva comparada sin distorsionar excesivamente las páginas asignadas, hemos optado por una solución que sólo parcialmente obedece esa indicación. Y es la de ir rastreando los grandes rasgos de la historia económica portuguesa en el siglo XX y señalando las semejanzas o desemejanzas con los españoles, a la vez que, en los principales tramos, pararemos a ver cuáles eran las relaciones económicas entre ambos países.

En primer lugar, veamos cómo estaban las cosas a comienzos del siglo y, de un modo más genérico, cuáles eran las estructuras económicas

básicas. Si se comparan el crecimiento económico portugués y europeo entre 1833 y 1973, veremos que Portugal ha estado, desde hace siglo y medio, por debajo de la renta per cápita europea, oscilando casi siempre entre el 50 y el 70 por 100 de aquélla, y alcanzando al final del período un 80 por 100. Desde esos datos, Nunes, Mata y Valério arguyen que «está claro que desde los años veinte, la economía portuguesa ha sido capaz de alcanzar un importante crecimiento y producir una clara (aunque no muy espectacular) recuperación, según patrones internacionales». Y añaden: «Creemos que una aproximación comparativa cuidadosa, sobre todo en el sur de Europa o en el contexto mediterráneo, será la más fructífera pauta de investigación.» Podríamos afirmar de España algo muy parecido, incluso las curvas son muy semejantes, si bien siempre por encima de aquéllas.

En 1900 tiene Portugal una población que apenas sobrepasa los 5 millones de habitantes, mientras España anda por los 18,5 millones. A pesar de la transformación estructural, jurídica y socioeconómica que ha tenido lugar en el largo y lento proceso de «modernización» secular (transportes, formación de un mercado nacional, desarrollo de instituciones, etc.), ambos países ofrecen, a comienzos del siglo XX, una imagen todavía alejada del modelo europeo, con más de la mitad de su población activa agraria dedicada a la agricultura, un analfabetismo en torno al 70 por 100 de la población adulta y un alto porcentaje de emigrantes.

La estructura de la propiedad agraria es arcaica, con tipos de explotación extremos: minifundios en el Norte y latifundios en el centro y Sur. La principal producción es la cerealista (trigo, maíz, centeno, arroz), junto a las patatas, aceite y vino. Añadamos el ganado y la pesca, y que la introducción de mejoras en los tipos de cultivo, abonos, maquinaria, etc., es lenta y tardía, aunque se incrementa en los años veinte.

En el caso portugués hay una variable, que es la dependencia del mercado exterior, fundamentalmente británico, que fuerza y desarrolla el sector exportador, contrapesa una economía perjudicada seriamente por la pérdida de Brasil un siglo antes y la indecisión y tardanza en actuar sobre las grandes colonias restantes, especialmente en África. El capital británico controla el comercio exterior de los vinos de Oporto y Madeira, el corcho, productos coloniales, etc., y el de importación de carbón y aceites minerales, hierro y acero, tejidos de algodón, alimentos, máquinas y otros aparatos (Gran Bretaña controlaba el 26,85 por 100 del total de las importaciones).

Un capitalismo muy conservador prefiere esa tradición de agricultura exportadora a la industrialización, que sufre deficientes estructuras sociales y políticas. Hay una clara falta de empresariado medio y un mercado de muy reducida escala. El proteccionismo no bastará para superar el atraso, en el que inciden los escasos recursos naturales, la localización geográfica marginal en Europa, la configuración de su mercado interior, la escasez y carestía del capital, la oferta muy inelástica. A pesar de ello, la tasa de crecimiento industrial entre 1870 y 1913 es mayor que la de la agricultura (P. Laíns).

La industria está concentrada en torno a dos focos: Lisboa-Setúbal (un 50 por 100 del total) y Oporto-Aveiro-Braga (un 30 por 100): no hace falta recordar que los españoles son la ría de Bilbao y el área en torno a Barcelona. Si bien aumentan progresivamente los sectores siderometalúrgicos y textil, son importantes las industrias de origen agrario y animal, especialmente la del corcho, con una producción en 1940 de 1.500 Qm. (España, 1.350); conservas de pescado, y vinos: en 1938, mal año español, producen del total mundial: Francia y Argelia el 41 por 100; Italia, el 20,71 por 100; España, el 8,17 por 100; Portugal (continente), el 5,47 por 100. En producción minera destacan por su valor en Portugal las piritas de hierro, el estaño, la antracita, el wolframio y el cobre, y en España el hierro, cobre, mercurio, etc., la casi totalidad en ambos casos en manos extranjeras.

Uno de los grandes avances del primer tercio de siglo es la industria energética, ya que en Portugal en 1940 se ha duplicado la hulla blanca respecto a 1927. El 70 por 100 de la potencia instalada es térmica y el 30 por 100 hidráulica, muy desarrollada en esos años. La energía hidroeléctrica, que apenas produce proporcionalmente un tercio que España y un octavo que Francia, cifra sus esperanzas en el aprovechamiento integral del Duero.

La construcción civil y los transportes suponen capítulos de indudable interés. Los ferrocarriles han sido construidos con total dependencia de los trazados y circunstancias de los españoles, a los que se ven ligados para el transporte a y desde Europa (España tiene esa dependencia con Francia), siendo de destacar el impulso al transporte por carretera (Portugal abandonará, gracias a la presión de Primo de Rivera, la conducción por la izquierda) y el desarrollo de la navegabilidad del Tajo.

El sector público está dominado por la endémica tradición del déficit, la busca de empréstitos exteriores, la contención del gasto -del que

altos porcentajes van al servicio de la Deuda y al Ejército- y la procura de mayores ingresos, mediante diversas reformas fiseales, que inciden sobre el ingreso personal de forma global y progresiva, aunque todavía mantienen gran importancia los impuestos indirectos.

Las coyunturas. **La 1 República (1910-1926)**

El primer salto hacia la modernidad, el verdadero inieio del «siglo» podríamos fijarlo en las crisis coloniales, la española del 98 y la portuguesa anterior, de 1890 (conocida como del «Ultimátum», humillante bloqueo británico a las aspiraciones coloniales portuguesas), que supuso un revulsivo para la vida política y social, y también para la economía, provocando un afán de busca de la modernidad frente al atraso. Añadamos como rasgo coyuntural una fuerte emigración cuyo destino mayoritario es Brasil para los portugueses, Argentina y Cuba para los españoles, que da salida a una mano de obra subempleada que el lento crecimiento industrial no permite absorber y mejora la balanza de pagos.

Sin embargo, y ateniéndonos a los actuales usos de la historiografía, podríamos señalar para «emienzo del siglo xx» la fecha de 1910 (como en España muchos eligen 1902, año en que Alfonso XIII empieza a reinar, y hasta 1923). La instauración de la República en Portugal, el 5 de octubre de 1910, supuso, entre otras, una importante serie de reformas económicas, entre las que destacan la monetaria (el viejo real es sustituido por el escudo), fiscal (consolidación de ciertos impuestos sobre la propiedad, reducción o eliminación de los indirectos, con clara intención social) y superávit en las cuentas públicas. El modelo económico y financiero del nuevo régimen (mucho menos acentuado en lo social y económico que en España, veintiún años después) tiene como instrumentos la educación popular, la explotación racional de las colonias, y el aumento de los ingresos y disminución de los gastos del Estado hasta equilibrar el presupuesto.

Armando Castro señala como responsables del lento crecimiento económico del período a las limitadas fuerzas productivas nacionales, «destacadamente las industriales, mantenidas en jaque tanto por la competencia internacional como por el enriquecimiento de las actividades mercantiles y especulativas, o por el atrincheramiento de los intereses de los grandes propietarios agrícolas», y también a la exasperación de las luchas sociales y la radicalización del movimiento obrero. Sin

embargo, hay un período de prosperidad en 1915-25 para casi todos los sectores de la economía portuguesa: muchas nuevas sociedades y un fuerte proceso de concentración empresarial, de modo que en 1926, «unas decenas de familias controlan una parte significativa de la economía portuguesa, muchas de ellas con intereses diversificados y recientes».

Portugal se mantiene neutral en la Primera Guerra Mundial hasta la primavera de 1916, a pesar de su secular amistad con Gran Bretaña, y de algunos incidentes provocados por Alemania en alguna de sus colonias africanas. Su entrada, presionada por aquella potencia, fue, en todo caso, apenas simbólica. El efímero pero muy significativo golpe de Estado derechista del militar Sidónio Pais (diciembre de 1917-diciembre de 1918, en que muere asesinado) no consiguió volver a la neutralidad.

Entre los perjuicios, las pérdidas de hombres en los campos de batalla (unas 30.000 bajas), su aprovisionamiento y la dedicación de industrias a producción de guerra; el aumento de la cantidad de moneda en circulación (con la consiguiente inflación) y una típica crisis de subsistencias. Algún pequeño beneficio (derivado de la incautación de barcos alemanes y de la percepción de algunas indemnizaciones), que deja las cosas como estaban. Recordemos la neutralidad española y los beneficios de la producción minera, textil, etc., aunque sin que contribuyera a cambiar las estructuras.

Como con la España de los años treinta, muchos autores se han preguntado en qué medida la dictadura se iba a producir por el fracaso de la República portuguesa. Fernando Rosas cree que «falló como tentativa de regeneración democratizante del liberalismo monárquico» por la falta de apoyo por parte del movimiento obrero, la ofensiva de las derechas, y la ausencia de una «idea de Estado», un proyecto político o económico propio, capaz de aglutinar un bloque social de apoyo estable.

Los conlienzos del Estado Novo (1926-1932)

El golpe militar del 28 de mayo de 1926 es el resultado de una alianza táctica entre gran parte del Ejército, los sectores de la burguesía agraria y los medios financieros, que abocan a un bloque hegemónico. El programa de la «revolución» de 28 de mayo de 1926 planteaba, entre otros asuntos, la reducción del gasto público, revisión de la con-

tabilidad y simplificación del régimen fiscal, valoración de las riquezas no utilizadas, reformas profundas de los métodos de enseñanza y de educación, transformación del régimen colonial y desarrollo de la producción de las colonias, y adquisición del material moderno indispensable al Ejército y la Marina.

Pero el nuevo régimen nacía inseguro, consolidándose a base de golpes de Estado y doce crisis ministeriales con cinco presidentes del Gobierno. Se rehusó llevar a cabo el control del gasto que proponía Salazar, efímero ministro de Hacienda (del 12 al 17 de junio de 1926), revelando el ejército su profunda incompetencia financiera, con un alarmante aumento del déficit presupuestario lastrado por los gastos militares y las grandes sumas para las administraciones coloniales deficitarias de Angola y Mozambique.

Uno de los mitos propagandísticos del Estado Novo va a ser la proteccionista «*Campanha do Trigo*» que se instituye en agosto de 1929 bajo la obsesión por la autosuficiencia (urge detener el drenaje del oro nacional utilizado para pagar las importaciones). Se trata, ante todo, de crear un nuevo estado de opinión divulgando mejoras posibles, previendo ayudas financieras, desarrollando la organización corporativista tanto de los productores como de las industrias harineras y panificadoras. La producción experimentó un perceptible aumento en los años siguientes, pero resultó todavía insuficiente y hubo que seguir importando trigo.

En cuanto a las relaciones entre Portugal y España en los años veinte, se ha escrito mucho sobre las semejanzas del Estado Novo y la Dictadura de Primo de Rivera. Los regímenes se parecen bastante, los jefes de Estado y los de Gobierno se visitan, hacen declaraciones de entente, se miran con simpatía y tratan de armonizar intereses económicos. En el lado portugués despiertan recelos proyectos como el de un ferrocarril Sevilla-Lisboa, el puerto de Montijo y un puente sobre el Tajo. Pero se logran: abolir en 1927 el duro coeficiente desvalorizador del escudo, el convenio de aprovechamiento hidroeléctrico de los saltos del Duero y un tratado de conciliación y arbitraje.

Poco después, si bien sigue sin resolver el difícil problema pesquero, se consiguen éxitos concretos en lo relativo a la energía y las cuestiones fronterizas, pero, sobre todo, propagandísticos con la Conferencia económica hispano-portuguesa de Lisboa (abril-mayo de 1928) y sus recomendaciones en lo referente a comunicaciones ferroviarias y por carretera; circulación fluvial; trato mutuo de nación más favorecida para

el comercio con las colonias portuguesas, salvo el cacao; formación de un consorcio corchero; control del contrabando y de falsificaciones de vinos, aceites y marcas regionales; libertad de exportación de leña y carbón, ganados, acuerdos conserveros, etc. La Exposición de Sevilla, en 1929, será otra gran ocasión de encuentro.

Pero los resultados comerciales fueron nulos (el coeficiente de apertura portugués estaba en 1912 en un 58 por 100 y en 1928 sube a un 68 por 100), y aunque la edición de 1930 de los Aranceles de Aduanas españoles, en vigor hasta los años cincuenta, indicaba que Portugal figuraba dentro incluso de la preferencia especial (concedida también a Hispanoamérica y zona española de Marruecos), lo cierto es que apenas había comercio, y éste no estaba regulado. En cambio, el contrabando se dio en toda época, y mucho en los años veinte, ya que el paso «antes de 1936, al no exigirse más documentación que la común en ambos países, era casi completamente libre».

La crisis mundial, hora de Salazar

La ola de la crisis de los años treinta afecta a Portugal tarde y brevemente. Según Alfredo Marques el efecto de la crisis de 1929 en Portugal fue uno de los más blandos del contexto europeo, ya que se mantuvo una notable estabilidad del comercio exterior, del desempleo, y de los aspectos monetario y financiero, etc. Y ello, gracias a la previa política financiera ortodoxa y restrictiva de Salazar a partir de 1928, que mantuvo una escasa apertura al exterior, escasa competencia de sus producciones de exportación, el ya alcanzado equilibrio presupuestario, la estabilización monetaria al fin lograda, y los esfuerzos por desarrollar la producción cerealista e industrial acometidos en los años anteriores. Añade Nuno Valério que la gran depresión no alteró el tipo de actuación seguido por el Gobierno, lo que quizá se debió a la relativa benignidad de los efectos, la convicción de que la crisis se debía a las anteriores prácticas inflacionistas, y la fe en «la justeza de la ortodoxia financiera». También en el aspecto monetario se comporta positivamente la economía portuguesa en la gran depresión, manteniéndose como en el período anterior, aunque con mayor estabilización y crecimiento del PIB. Incluso en junio de 1931 se intenta la paridad oro del escudo y también con la libra.

Las consecuencias, sin embargo, se notarán en 1931, si bien en 1932 la mayoría de los indicadores ya demuestran un inicio de recu-

peraciOn: Rosas lo explica porque la economía portuguesa estaba poco abierta al exterior: entre 1925 y 1930 las exportaciones nunca representaron más del 10 por 100 del producto interior bruto, mientras que las importaciones andaban por el 20 por 100 en 1930. Además, las principales exportaciones -vino, corcho, conservas de pescado- estaban compuestas por «productos a los que el resto del mundo opone escasa competencia», y hacen de colchón el peso dominante de la estructura agraria y el escaso desarrollo de la industria, con recurso intensivo a una mano de obra abundante y barata.

En esas condiciones se produce el ascenso, en 1932, de António de Oliveira Salazar a la presidencia del Gobierno, desde la que dirigirá el régimen férreamente hasta 1968. Salazar era, recordemos, desde 1928 todopoderoso ministro de Hacienda, desde donde había podido suprimir cautelosamente a los sectores más liberales del régimen, y viabilizar el capitalismo mediante una estabilidad que vendrá vinculada al equilibrio presupuestario, opción para él previa al desarrollo económico.

Diversos estudios han situado al salazarismo «en la lógica del capitalismo en Portugal», recogiendo la visión del Estado Novo como «de toda la burguesía», pero débil y dividida, sobre la que actuará de árbitro y conciliador, lo que en economía provoca una «estrategia de desarrollo controlado» y lento, pero seguro, mediante una política presupuestaria ortodoxa, clásica, controlando toda la política económica del Gobierno y supeditando el desarrollo de la producción al equilibrio financiero, como condición necesaria para aumentar las obras públicas y explotar más recursos.

Su «método» consistiría en la asociación de la apología del Estado autoritario y económicamente intervencionista con la ejecución de un plan de «realizaciones materiales», de fomento económico, generalmente de cariz nacionalista y proteccionista; la intuición de la necesidad de una jefatura carismática adecuada a la coyuntura de crisis, el hundimiento de los valores y las instituciones, el «caos» de la guerra, el hambre y el desempleo, que explotase demagógicamente, mesiánicamente, la desesperación de las grandes masas. Ese populismo moderno, ese doctrinarismo próximo al fascismo, vinculado al corporativismo que pretende regular toda la vida laboral, es desarrollado sobre todo a partir de 1934, penetrando todos los resquicios de la vida económica y social, pero sin lograr evitar algunas importantes huelgas a lo largo de estos años.

Fernando Rosas reconoce el indiscutible proceso de desarrollo y modernización de los sectores de base de la industria y de otros tec-

nológicamente más avanzados, que configuran un «modelo de desarrollo» del Estado Novo, basado en la «estabilidad monetaria obtenida por el equilibrio presupuestario; en la protección de los mercados interno y colonial para la producción nacional, tendencialmente sustitutiva de las importaciones; en el apoyo a las exportaciones tradicionales; en el estímulo a las actividades productivas (por la baja de la tasa de interés, el abaratamiento del crédito, la tentativa de contener el desempleo y la política de desarrollo de las infraestructuras) y en la reanimación de la explotación colonial».

Eric M. Baklanoff recuerda algo bien conocido, que unas 40 grandes familias dominaban el sector privado, favorecidas por un sistema fiscal de bajos tipos impositivos sobre la riqueza y la herencia. Dentro de esa élite, diez familias controlaban los bancos comerciales más importantes y, desde allí, una gran parte de la economía nacional. Son los Champalimaud, los Espírito Santo, los Quina de Brito, los Pinto Basto y, sobre todo, los Mello, que a través de la CUF (Companhia União Fabril) controlaban el 20 por 100 de la producción industrial y, a través de sus 186 subsidiarias, generaban el 110 por 100 de la producción nacional.

La autarquía (1932-1959)

Alfredo Marques ha analizado a fondo la política económica de este primer período, en el que, a su vez, ve dos etapas: una primera de equilibrio o alianza entre la agricultura y la industria, lo que conformará un «modelo económico» propio, y una de desarrollo con base endógena, que ocupa los años cincuenta, hasta el fin de la autarquía. En la primera etapa, la agricultura, dentro de un esquema completamente tradicional, es impulsada con el propósito de alcanzar la autosuficiencia alimenticia mediante subvenciones y créditos.

En cuanto a la industrialización, el cuerpo legal conocido como «Condicionamiento Industrial» (1931) prolonga medidas de emergencia en todo el período, desechando muchas iniciativas, manteniendo y protegiendo las estructuras preexistentes, favoreciendo sobre todo las industrias alimenticias y textiles y siendo, en realidad, un obstáculo a la industrialización por su inercia y escasa competencia empresarial. Siguen imperando el corporativismo, del que Brandao de Brito destaca como rasgos principales su carácter artificial y la dificultad para penetrar

el tejido económico y social, el proteccionismo, un muy desigual reparto de la renta, la relegación de la agricultura frente al sector industrial, y la intensificación de la explotación colonial.

Una nueva norma, la Ley de Reconstrucción Económica (1935), cuya virtualidad alcanza hasta 1950, define un conjunto de acciones de «fomento», primer paso de planificación económica en el país. Se contemplan, así, importantes obras públicas (ferrocarriles, carreteras, aeropuertos, puertos, redes eléctrica, telegráfica y telefónica), un ambicioso plan de riegos y repoblación, la edificación de escuelas y otros servicios, la urbanización de Lisboa y Oporto, etc. En los años siguientes tiene lugar un innegable crecimiento del PIB, a una tasa media anual del 2,8 por 100 entre 1938 y 1950, destacando el sector energético (6,4 por 100 anual) (A. B. Nunes y N. Valério).

En la segunda gran etapa, los años cincuenta, Marques percibe una nueva estrategia, debida a la conciencia del atraso y la fragilidad de las estructuras industriales. Se habían «olvidado» importantes potencialidades internas, afirma Ferreira Dias, persona crucial en la vía hacia la industrialización, el «Suances portugués», para quien el proceso de crecimiento pasa por la industria, que en un primer momento debe procurar la sustitución de importaciones.

Enlazando con la Ley de 1935 como Plan de Fomento previo, se establecen dos más: el 1, de 1953 a 1958, y el 11, de 1959 a 1964. Los objetivos trazados son muy difusos en el 1, mera continuación del citado, pero muy explícitos y decisivos en el 11, que plantea «la transformación de las estructuras productivas y la necesidad de reorganización de la política económica como factor decisivo de esa transformación, y pretende constituir por sí mismo un elemento central de esta nueva política» (A. Marques). Sus objetivos buscan alcanzar una aceleración del ritmo de crecimiento del PNB, mejorar el nivel de vida, resolver los problemas del paro y la balanza de pagos. El Plan, muy exigente para el sector público, es más que indicativo también para el privado.

Son de señalar algunas importantes medidas, como el Plan de electrificación nacional (1944), la entrada en la OECDE (1948) y el logro, ese mismo año, de las ayudas del Plan Marshall. Tras la visita de Eisenhower (1951) y el consiguiente acuerdo de defensa, Portugal entrará en la OTAN y quedará así vinculada a la Europa occidental.

Las relaciones con España. El «Pacto Ibérico»

En cuanto a las relaciones económicas con España, ahora sí que muy semejantes los talentos astutos de ambos gobernantes, y, lo que es más importante, los regímenes que ambos controlan, ya hace mucho que cayó el mito del «Pacto Ibérico» y es bien conocido el alejamiento entre ambos países, en casi todos los sentidos, durante las largas dictaduras que ambos padecen. La gran diferencia reside en que Portugal no ha vivido la experiencia republicana española (por ejemplo, la mítica, esperada y temida Reforma Agraria española, ya anacrónica en los treinta, se llevará a cabo en la segunda mitad de los setenta) y, sobre todo, no ha sufrido la devastadora guerra civil española. Por lo demás, ambos regímenes autoritarios pueden situarse muy cerca de los fascismos y nazismos triunfantes en los treinta y derrotados en 1945.

Portugal reconoce el Gobierno de Franco en plena guerra civil (12 de mayo de 1938) y poco antes de ternlinar ésta, el 13 de marzo de 1939, se firma tras largas y complejas gestiones el tratado de amistad de tan pomposo nombre. Su contenido es fundamentalmente político, de cara a la estabilidad de ambos regímenes en el escenario europeo, y poco añaden el siguiente protocolo adicional (1940), o la entrevista entre Salazar y Franco (Sevilla, 1942). Es pura retórica. Como el entusiasmo de J. M. Ruiz Morales, quien destaca en 1946 que tras tres siglos de alejamiento «reflejo de nuestras cortas ambiciones y nuestra visión general del mundo..., muchos exportadores españoles parezcan ahora “descubrir” el mercado portugués, sin embargo tan cercano físicamente de nosotros, y lo propio ocurra a los colonistas portugueses respecto de España».

Uno de los raros estudios comparados, el de Baklanoff, indica cómo «a finales de los años 1950, España y Portugal compartían ciertas características comunes con las naciones menos desarrolladas, semiindustrializadas de la Europa mediterránea y de América Latina: una renta per cápita relativamente baja (estimada en una cifra por debajo de los 300 dólares anuales), una reducida productividad del trabajo, un predominio de trabajadores sin especializar, una gran parte de la población activa dedicada a la agricultura y a otras actividades primarias y un atraso tecnológico similar. El sistema de tenencia de la tierra era anacrónico; propiedades muy grandes coexistían con cultivos agrícolas en parcelas diminutas y fragmentadas. Con ciertas excepciones

notables, la industria se caracterizaba por una multitud de pequeñas empresas familiares que utilizaban un equipo obsoleto y métodos de producción casi artesanales; los estudios sectoriales han subrayado la sorprendente ausencia de empresas medianas. Varias partes de la estructura institucional financiera no eran adecuadas a las necesidades modernas; existían lagunas muy importantes en la concesión de créditos a medio y largo plazo; finalmente, las sociedades portuguesa y española estaban muy estratificadas...».

Pero, a pesar de tantas semejanzas, sigue la distancia. César Oliveira lo ha explicado aludiendo a «la resistencia portuguesa a las propuestas de intensificación de las relaciones económicas con España, sea en el plano de los intercambios comerciales bilaterales, sea en las inversiones directas españolas y en la organización de formas conjuntas de cooperación económica, lo que explica no sólo el escaso nivel de comercio bilateral entre los dos países sino también la absoluta irrelevancia de las nuevas inversiones españolas en Portugal». De nada sirven las reuniones de las Comisiones Ministeriales sobre los acuerdos comerciales: «Eran reuniones de mera rutina, en las que no se discutían problemas de fondo, reducidas a la simple administración..., la fijación de intercambios, la aplicación de las respectivas tarifas aduaneras...»

Los años del desarrollo (1960-1974)

Las semejanzas ibéricas continúan y se acusan todavía más. La fecha de 1960 no es arbitraria. Representa un cambio de signo en la economía portuguesa, que, obligada por las circunstancias internacionales, se abre al exterior, a la vez que el sistema corporativo se va desmoronando en los años sesenta, ya que carece de flexibilidad para adaptarse a nuevas empresas más complejas y dinámicas. Además, la OIT lo condena enérgicamente (1962). Salazar renueva su equipo de colaboradores económicos y emprende importantes obras con ayuda extranjera, tales como el complejo hidroeléctrico del Duero o el puente sobre el Tajo en Lisboa. Pero, sobre todo, se produce la incorporación ese año a la EFTA liderada por Gran Bretaña. Se trata de un modelo mucho más compatible con el momento portugués que la CEE, ya que no interfiere en el sector agrario, deja un largo período de reconversión industrial favorecida por importantes ayudas financieras y no interfiere en los mercados coloniales. Ese mismo año se firman acuerdos con

el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo, a la vez que, normalizando sus relaciones comerciales internacionales, se firman los acuerdos de Bretton Woods y en 1962 Portugal se adhiere al GATT. Si añadimos que en ese momento está creciendo notablemente la emigración a Europa (fuente de divisas), y hay un cierto desarrollo industrial favorecido por la apertura a las inversiones extranjeras, veremos que está comenzando una transformación significativa, sólo contradicha por la creciente inflación y el eterno déficit comercial.

¿Es preciso recordar con detalle que también España, tras el Plan de Estabilización de 1959, comienza en los sesenta sus propios planes de «fomento», a los que llama de Desarrollo? ¿Y que procura y obtiene, en fechas muy próximas a ésa, las relaciones económicas con las citadas instituciones internacionales? Una vez más, el favor de Gran Bretaña a Portugal le permite una mayor apertura internacional y la entrada en la EFTA.

Pero un frente internacional muy grave se abre cuando la ONU aprueba la célebre Declaración de Independencia a los Países y Pueblos Colonizados (diciembre de 1960) y al año siguiente, coincidiendo con el comienzo de las guerras independentistas en Angola, Guinea y Mozambique (1961-1964), dicho organismo condena la política colonial portuguesa. Ante ello, se intenta cambiar el *status* de dichas colonias y convéltirlas en tierra portuguesa, favoreciendo las inversiones extranjeras, y desarrollando especialmente Angola, con sus importantes yacimientos de hierro, petróleo, diamantes, etc., de modo que poco antes de su independencia, en 1974, alcanzaba un PNB de cerca de 3.000 millones de dólares y una renta per cápita de 500 dólares. En el caso español, recordemos, se ha dado en 1956, conjuntamente con Francia, la independencia a los dos protectorados de Marruecos, se concede en 1968 la de Guinea y apenas queda, como un problema sin solución, el asunto del Sáhara, que se abandona en 1975, año y medio después de que Portugal dé la independencia a sus colonias. Ello no le evitó, sin embargo, algunas dificultades con organismos internacionales, en los que, de todos modos, acaba entrando por estas fechas.

La etapa 1960-1973 se caracteriza por importantes cambios, detectables, por ejemplo, en la reducción de la población activa agraria, del 44 al 28 por 100, mientras la industrial pasa del 29 al 36 por 100. La participación en el PIB varía también del 26 al 13 por 100 en la agricultura y del 37 al 51 por 100 en la industria (especialmente

la manufacturera que triplica su valor añadido, siendo los sectores más dinámicos los metales básicos), así como la construcción. Una importante disminución de la población (un 0,6 por 100 anual), debido a la fuerte emigración (74 por 100 de la cual hacia la Europa industrializada; en 1970 emigran 180.000 portugueses) se traduce, lógicamente, en un mayor reparto de la renta per cápita, a la vez que las remesas de los emigrantes llegan a alcanzar en 1972-1973 1.100 millones de dólares, más de la mitad de las exportaciones portuguesas, un 30 por 100 de las divisas extranjeras, y alrededor del 10 por 100 de la renta nacional. Esas cuentas invisibles, junto a las del turismo (que pasa de 353.000 turistas en 1960 a más de 4 millones en 1972, ya entonces más de la mitad españoles), habían hecho que el creciente déficit de la balanza comercial se convirtiera desde 1965 en superávit. Añadamos a ello que a partir de 1972 comienzan las gestiones para el ingreso en el Mercado Común.

En cuanto a la hacienda pública portuguesa, acaso el aspecto más celebrado como obra de Salazar, supone que «desde el inicio de la Primera Guerra Mundial hasta hoy, no hubo ningún año económico cuyas cuentas públicas cerrasen con saldo positivo cuando Salazar no estaba en el Gobierno, excepto uno: 1970» (N. Valério).

España había atravesado situaciones muy semejantes a las descritas. Según un informe publicado en «Información Comercial Española», en 1969 la población activa agraria portuguesa era el 31,5 por 100, la industrial el 35,5 por 100 y la de servicios el 33 por 100 (cifras muy semejantes a las españolas, 30,7, 37,1 y 32,2 por 100, respectivamente) y el PIB correspondiente era de 17, 43 y 40 por 100 (mientras que el español, 15, 35 y 50 por 100, es notablemente distinto). Se repetía la queja del desconocimiento y lejanía de ambos países, aunque en 1971 las exportaciones españolas alcanzaban ya la cifra -pequeña, sólo un 2,7 por 100 del total vendido al extranjero, pero tres veces mayor que las portuguesas a España- de 80 millones de dólares, amén de los citados tres millones de turistas españoles. El amplio déficit portugués se saldaba por la cuenta española con las colonias de África.

En la época de Marcelo Caetano, que sucede a Salazar (gravemente enfermo desde 1968 a su muerte, dos años después), manteniendo el esquema dictatorial todavía seis años más, se insiste en ciertos rasgos liberalizadores de proteccionismos y monopolios anacrónicos, disminuyendo los controles sobre precios y las barreras comerciales, etc. Así, «durante los primeros años setenta, el contenido de la exportación

portuguesa reflejaba una diversificación significativa entre los productos, incluyendo tanto bienes de consumo como de capital» y destacando como más dinámicas la metalurgia y maquinaria, material de transporte, pulpa y papel, ropa y calzado, y productos químicos, con un valor total del 43 por 100 de las exportaciones en 1972.

A los planes de desarrollo citados seguirá, tras un breve período intermedio, un **IU** (1968-1973), que hará especial énfasis en los aspectos tecnológicos innovadores. En esa época el PNB real creció a una tasa del 7 por 100 y la producción industrial en torno al 9 por 100, y al comenzar la revolución de 1974, existían grandes planes industrializadores, destacando la envergadura del de la Península de Sines (un puerto industrial y una industria pesada, con una inversión de 1.200 millones de dólares). Lisboa y sus alrededores viven años de modernización urbanística y arquitectónica, también de especulación. Frente a ello, el estigma de una educación que está siendo desarrollada, todavía con elevado analfabetismo.

Por otra parte, la inversión exterior directa, apenas un 1 por 100 en 1959, había pasado al 27 por 100 de la formación bruta de capital, destacando Gran Bretaña, Alemania Federal y los Estados Unidos como países líderes de las grandes empresas mundiales: las norteamericanas ITT, Ford, General Motors, Esso, General Electric, Dow Chemical, Firestone, Westinghouse, etc.; las alemanas Hoechst, Siemens, Bayer, Basf, Grundig, AEG-Telefunken, Volkswagen; las inglesas ICI, BLMC, BP; las francesas Saint-Gobain, CGE-Thompson, Pechiney, Citroen; las holandesas Royal Dutch-Shell, Unilever, Philips, etc.; los grandes grupos farmacéuticos suizos, los suecos, japoneses, etc., cuya implantación, según M.^a Belmira Martín, «no correspondió a significativas transferencias de capital y tecnología, ni proporcionó un aumento relevante de la capacidad de exportación. Por otro lado, tal implantación no fue siempre hecha fuera de cualquier plan de desarrollo de nuestro país, sino más bien integrada en el plan de desarrollo de la multinacional».

y siguen los desencuentros: en los años finales de ambos regímenes, señala Juan Carlos Jiménez Redondo, «los gobiernos de España y Portugal fueron incapaces de establecer una estrategia coordinada a fin de reforzar su posición mutua ante una posible asociación a la CEE. En este caso, debido a la negativa del gobierno de Salazar a salirse de la estela de su tradicional anclaje internacional, el Reino Unido, para unirse más estrechamente a España en una conjunción de intereses siempre problemática. La incorporación lusa a la EFTA le permitió

participar al menos en uno de los bloques económicos existentes en Europa, pudiendo encauzar sus intereses con la CEE a través de esta organización, por tanto, en condiciones mucho más ventajosas que el gobierno español. De ahí que su interés en conjuntar su actuación con España fuera escaso».

La Revolución de 1974 y sus consecuencias económicas

La sorprendente Revolución militar de 25 de abril de 1974¹ supuso, tras la efímera presidencia kerenskyana de Spínola, el paso de Portugal a una vertiginosa dinámica revolucionaria tan interesante como compleja. Baste recordar que, en varias ocasiones, el Partido Comunista resultó garante de una cierta moderación, puesta en peligro por los diversos grupos de extrema izquierda. En todo caso, las medidas fueron bastante radicales y rápidas, implicando la nacionalización de la banca, seguros, transportes y comunicaciones y principales empresas industriales y la expropiación de los grandes latifundios. Mientras, el sindicato único, la CGTP, controlado por los comunistas, impulsaba las enérgicas reclamaciones obreras de alzas salariales, y una de las primeras medidas revolucionarias es la fijación, por primera vez en Portugal, de un salario mínimo nacional. Ese mismo año 1974 se regulan el derecho de huelga y de *lock-out*.

La Constitución de 1976, como han resumido Mata y Valério, incluía muchas normas para la vida económica: proclama el socialismo como etapa final de la evolución social; confirmaba la reforma agraria en Alentejo y Ribatejo; planificaba la economía e incluía numerosas mejoras laborales, a la vez que incluía la educación y la salud públicas como grandes objetivos. Veamos, a continuación, las principales consecuencias económicas de este nuevo, convulso, a veces contradictorio régimen: la Reforma Agraria, las nacionalizaciones de grandes empresas y el abandono del inmenso imperio colonial.

Si en 1936 la Reforma Agraria era una larga cuestión pendiente en España, puede imaginarse qué representaba en abril de 1974 para los campesinos portugueses (también, lo inadecuado, ya, de esas medidas, salvo su alto registro emotivo). En realidad se tardó mucho (igual que en España, hasta el otoño de 1932) en establecer (abril de 1975)

¹ España fue, junto con los Estados Unidos y Alemania, de los primeros países en reconocer —el 29 de abril— a la Junta de Salvación Nacional.

nuevas normas sobre el arrendamiento rural, protegido ahora. Y todavía un año más tarde, en abril de 1976, se fija una extensa área, alrededor de la mitad de la tierra cultivada (ubicada desde Castelo Branco y Santarem hasta el Algarve) como «Zona de Intervención de la Reforma Agraria». Son los grandes latifundios del cereal y el corcho, poco poblados, que apenas aportan el 19 por 100 del PIB, pero conflictivos socio-políticamente y urgidos de algún tipo de tratamiento. Es preciso resolver procediendo a la nacionalización de las tierras y su reorganización por el Gobierno, a remolque de las más o menos violentas ocupaciones de tierras del Sur —un tercio del total, más de un millón de hectáreas—, apropiaciones impulsadas sobre todo por el PCP, que atribuyen ahora esas propiedades al Estado, y que crean unas 500 «unidades colectivas de producción» que ocupan a unos 60.000 trabajadores. En otros casos, como el llamado Plan de Riegos del Alentejo, que abarca algo menos de 200.000 hectáreas, el reparto es lógico al haber sido el Gobierno el constructor de sus infraestructuras. En otros, en fin, se trata de procesos más complejos de expropiación, dirigida desde el Gobierno.

De hecho la Constitución de 1976 consagraba la Reforma Agraria como «uno de los instrumentos fundamentales para la construcción de la sociedad socialista». Pero, al igual que en las otras nacionalizaciones, en ésta se fue enfriando el entusiasmo, fueron apareciendo contradicciones, y se acompasó su marcha, su freno y su retroceso a la evolución política. Así, en la revisión constitucional de 1982 ya sólo se habla de «Política Agrícola y Reforma Agraria», y en la de 1989 es suprimida cualquier referencia reformista. Como ha señalado Medeiros Ferreira, «la entrada de Portugal en la CEE, en 1986, acabaría por tener mayores consecuencias sobre la agricultura portuguesa que las medidas tomadas durante el período de vigencia legal de la reforma agraria».

También en abril de 1975 se decreta la nacionalización de las principales empresas industriales y de transportes y comunicaciones, formándose así el mayor sector nacionalizado de Europa occidental. Muchas pertenecen a grandes empresas multinacionales [concentradas en la producción de material eléctrico o electrónico (es líder la Standard), confección, farmacia, montaje de automóviles, explotación turística, resinas y fibras sintéticas, celulosa, etc.], y también otras muchas a las grandes familias propietarias portuguesas. No eran un apéndice, ni mucho menos, de la economía, ya que, según la ya citada María Belmira Martins, a la altura de 1975 las mayores sociedades por su capital social, superior a los 1.000 millones de escudos, eran la distribuidora

belga de gas y electricidad Sofina; la constructora y reparadora naval sueco-holandesa Rijn-Schelde-Verolme; la distribuidora anglo-holandesa de petróleo Royal Dutch Shell; la constructora alemana de automóviles Volkswagen; la vidriera francesa Saint-Gobain; la industria sueca de celulosa Billerud; la distribuidora estadounidense de petróleo Mobil Oil; la industria química japonesa Mitsubishi; la industria danesa de cementos Secil; la metalomecánica francesa Alsthom; la industria electromecánica estadounidense Westinghouse; la industria extractiva anglo americana Beralt, Tin & Wolfram; y el *holding* brasileño (constructoras, etc.), Grão Pará.

Otra de las consecuencias de la Revolución es la inmediata pérdida del imperio colonial. Recordemos que una de las razones que habían favorecido su triunfo era el cansancio y disgusto de las Fuerzas Armadas por las interminables guerras coloniales. Por lo tanto, la descolonización entra en la lógica de sus planes. Que se ven desbordados en algunos casos por la rápida incorporación de algunos de sus territorios a los grandes vecinos (Goa y demás, a la India; Ajuda a Benin; Timol' a Indonesia, aunque con mucha resistencia de los naturales). En otros casos, habiendo un único movimiento independentista, se produce un tranquilo traspaso de poderes (casos de Guinea, Cabo Verde, Mozambique, Santo Tomé y Príncipe). Más complicado es el caso de la principal de todas las colonias, Angola, donde hay dos grupos muy enfrentados, dando paso a una larga y dura guerra civil. Apenas quedó Macao, anexionado en nuestros días a China en un proceso semejante al del Hong-Kong británico.

Entre las principales consecuencias de la descolonización está el súbito flujo (inicial de medio millón de personas, posteriormente en cuentagotas) de antiguos colonos y, sobre todo, colonizados que desean quedar en la metrópoli, con los consiguientes problemas de trabajo, vivienda, educación, etc., para los recién llegados. Por otra parte, el comercio con aquellos territorios se reduce a cantidades ínfimas.

Armando Castro ha destacado la importancia del capital financiero y la concentración y el enorme papel de los capitales extranjeros en las colonias africanas: la prospección petrolífera era desde 1958 un monopolio norteamericano a través de la Standard Oil Company y la Gulf Oil Company. Las principales compañías ferroviarias son también norteamericanas; Gran Bretaña controla cientos de compañías (como la British South Africa Company muy poderosa en Mozambique) y, aunque en menor escala, la presencia de capital belga, francés, etc., es también importante.

El capítulo de la Revolución *-tan* envidiada desde España en la hora de los claveles, año y medio antes de su propio inicio de transición democrática— es realmente muy novedoso, respecto a nuestra propia historia. En realidad, tuvo mucho del clima de nuestra II República y aun la Guerra Civil, pero su cierre, como vamos a ver, iniciaba un camino en el que pronto íbamos de nuevo a converger.

En efecto, pronto aparecen importantes dificultades que traban el sistema y, aparte sus propios enemigos internos, lo llevan a dramáticas reconsideraciones. Inserto Portugal en el mundo occidental, la crisis iniciada con la subida del precio del petróleo en 1973, iba a repercutir fuertemente en su economía, en un momento en que los salarios subían por la citada presión obrera, y se producía una gran recesión, acompañada de una acelerada inflación. Y todo ello agravado por el regreso de muchos emigrantes en Europa del Norte y la ya citada llegada de cientos de miles de nativos de las antiguas colonias.

Así las cosas, la inestabilidad de los breves gobiernos socialistas e independientes (1975-1979) apenas permitiría una política de estabilidad social, realizar algunas reformas administrativas y establecer normas sobre las grandes transformaciones: se fijaban límites a la tensa reforma agraria y las nacionalizaciones, intentando optimizar el funcionamiento del sector público. A la vez, la presencia de un nuevo sindicato socialista (UCT) que forma con el comunista un casi duopolio laboral, y la aparición de poderosas organizaciones empresariales, creaba una situación muy semejante a la española. Sólo, tras la ayuda y seguimiento de las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional, se logró ir mejorando la deficitaria balanza exterior y dar los primeros pasos (1977) hacia la adhesión a la Comunidad Económica Europea. Poco más podrán hacer los gobiernos socialdemócratas de Sá Carneiro (que muere misteriosamente en 1980) y Pinto Balsemão, que revalorizan el escudo y aplican una política expansionista antiinflacionaria.

Recordemos que en España, donde muchas de esas variables encuentran de nuevo réplica, las consecuencias de una tardía atención a la grave coyuntura internacional llevan a unos urgidos «Pactos de la Moncloa» en 1977.

De la Unión Europea a nuestros días.

La vuelta al sendero capitalista

Curiosamente, un año después del acceso de los socialistas en España, regresa al Gobierno portugués Mario Soares (1983), gracias al apoyo

de los socialdemócratas, y con parecida coyuntura y mISIONes: ciertas reformas constitucionales y de la estructura del poder, apertura de la concurrencia privada en la mayoría de los sectores nacionalizados, desarrollo del sector financiero al margen de las entidades públicas. A la vez, hubo que hacer reformas urgentes e impopulares, como descongelar los arriendos de pisos (tras casi medio siglo de protección) y otra serie de medidas de austeridad. Todo ello, con una segunda ayuda del FMI, abocó a la firma, el 12 de junio de 1985, del acuerdo con la CEE. La petición formal de adhesión se había hecho por Soares en 1977. Pero las negociaciones fueron largas y prolongadas. Además, el acuerdo era retrasado siempre por su vinculación al ritmo español. Se firmaron ambos el mismo día. Y, entre las muchas consecuencias económicas generales, hay una a destacar: van a desaparecer, en un corto plazo, las aduanas con España. Las dos economías van a ser estimuladas a integrarse por primera vez en su historia.

Pero la desunión de los socialistas, y su pérdida de popularidad por las duras medidas estabilizadoras, llevaron al triunfo de los socialdemócratas (centro-derecha) en 1985, cuyo líder, Cavaco Silva, logró permanecer en el poder una década de prosperidad, iniciada con el ingreso en 1986 en la CEE, y en la que, al igual que en el caso francés, funcionó la «cohabitación» con el ahora presidente de la República, el socialista Soares.

La importante victoria de las fuerzas conservadoras, recuperadas tras la larga década revolucionaria, se consagra en la reforma constitucional de 1989, por la cual desaparece el horizonte socialista y se inicia el camino de marcha atrás en la reforma agraria y las nacionalizaciones. Hubo resistencia social a la reprivatización de tierras (en realidad, devueltas en su mayoría a los anteriores propietarios), sobre todo, a la de las «unidades colectivas de producción». Pero las grandes empresas industriales y comerciales fueron transformadas en sociedades anónimas (con el vacío legal que permitió la entrada de numerosas nuevas empresas multinacionales), coronándose esa etapa en 1996 con la privatización de numerosas empresas públicas que aún seguían en poder del Estado.

Algo parecido ha ocurrido con los bancos, en una situación caótica en 1986². Y que diez años después, salvo el mayor, Caixa Ceral, han sido privatizados, volviendo varios de ellos a sus expropiados propie-

² En 1987 había en Portugal «un conjunto desmañado de 13 ó 14 bancos públicos, mal gestionados, casi todos con pérdidas y con ingentes volúmenes de morosos; tres

tarios: es el caso del Banco Espírito Santo (de nuevo en manos de esa familia), del BCP, que al no poder recuperar del Banesto su antiguo Totta, se hizo con el BPA, o de los Pinto y Sotto Mayor y Totta & Açores en manos de António Champalimaud³, el antiguo rey del cemento y del acero, una de las siete mayores fortunas de Europa durante treinta años de éxito y que, tras las nacionalizaciones se había refugiado en México y Brasil, regresando en 1992 a Portugal, «para levantar uno de los mayores grupos bancarios y ser de nuevo considerado el hombre más rico del país», según su estudioso J. Freire Antunes.

Las ventas efectuadas entre 1989 y 1996 rindieron 1,1 billón de pesetas, a las que se añaden en ese año otros más de 300.000 millones, con la privatización de la propiedad estatal en otras grandes empresas, entre las cuales figuran el Banco de Fomento y Exterior y el Totta & Açores, Portugal Telecom, Tabaqueira, etc.

Y, lo que es más destacable, un nuevo cambio de sentido, tras la victoria de los socialistas que pasan a ocupar tanto la presidencia de la República como la del Gobierno (Sampaio y Guterres), no supondrá alteraciones bruscas, si bien el péndulo oscila suavemente y, si bien en 1997 se realizó un gran programa de privatizaciones por un valor de 650.000 millones de pesetas, ese ritmo va a decrecer, y aunque se aborda la privatización de las líneas aéreas y aeropuertos, Brisa (autopistas nacionales), la cementera Cimpor y Petrogal, «el Estado conservará participaciones importantes en el sector energético y de las telecomunicaciones y se quedará con el primer grupo financiero del país, la Caixa Geral de Depósitos. Electricidade de Portugal será privatizada hasta el 49 por 100, de forma que el Estado mantenga una posición mayoritaria»⁴.

En la segunda mitad de los ochenta y primera de los noventa, la economía portuguesa ha alcanzado un dinamismo muy notable, que ha hecho que fuera calificada como «década prodigiosa». En efecto, algunas macromagnitudes permiten afirmarlo así: se renovaron las maltrechas

o cuatro bancos privados, fundados dos o tres años antes; algunos embriones de sociedades financieras, en algunos casos que actuaban como portaestandartes de los grupos expropiados tras el 25 de abril, y, para terminar, varios bancos extranjeros». Fernando BARGUELA, «La banca portuguesa, a punto de culminar su mapa definitivo», en *El País-Negocios*, 15 de enero de 1995, p. 8.

³ *Ibidem*.

⁴ Declaraciones a *El País* del ministro de Economía de Portugal, Joaquim Pina Moura, 2 de marzo de 1998, p. 62.

infraestructuras (más de 1.300 km. de autopistas y autovías); la economía se abrió y se flexibilizó, aumentando el PIE un 33,8 por 100 acumulado, por encima de la media europea; el sector público perdió peso y surgió una nueva clase opulenta, a la vez que la renta per cápita ascendía bastante respecto a la lejana media europea (del 52 al 63 por 100). Se mantienen un bajo índice de paro y una inflación contenida, pero un altísimo porcentaje de deuda pública y la balanza exterior, sobre todo tras la entrada en la CEE, era cada vez más deficitaria⁵. De modo que Portugal va bien. De nuevo, las analogías son tantas (aunque el Cavaco español haya tardado diez años en triunfar, por la férrea unidad y el especial carisma de los líderes socialistas, y las privatizaciones estén aquí todavía en marcha), que consideramos innecesario insistir en ellas. El lector español se encontrará leyendo «historias paralelas».

Otro elemento buscado ávidamente por el Gobierno ha sido la apuesta por las nuevas tecnologías, la atracción a multinacionales de electrónica y telecomunicación y de grandes fabricantes de automóviles (Ford, Volkswagen, Renault, Opel). En cualquier caso, el balance de la década Cavaco ha demostrado que las medidas de estabilización, con la reducción consiguiente de la inflación, y el desarrollo industrial y comercial que (junto con grandes inversiones y la mejora educativa) acompañaban a la entrada en la CEE, ha sido un éxito. Portugal, con un crecimiento del PIE superior al 3 por 100 entre la Revolución y los años noventa, parece haber abandonado su endémico problema de la deuda exterior y avanza con cautela pero esperanzada por la senda común europea. Además, es un país mucho más moderno, en sus estructuras y en su apariencia física. Con casi la mitad de población urbana (Lisboa se acerca a los dos millones, Oporto a uno, y Braga, Setúbal, Coimbra y Funchal a los cien mil habitantes), su población ha experimentado una mejora del 50 por 100 en su nivel de vida en apenas veinte años.

En los años más recientes, el esfuerzo portugués por cumplir los criterios de convergencia del tratado de Maastricht es ejemplar, logrando reducir drásticamente el déficit presupuestario y consolidar su enorme deuda. Su tasa de paro es muy baja (6 por 100). Su bolsa se revaloriza ante Europa. El turismo supone un 8 por 100 del PIE y mantiene 500.000 empleos. Y, por contra a la tensa situación «autonómica» española, los portugueses rechazan, en un reciente referéndum, la regionalización de su país.

⁵ Fernando BARCELÁ, «La década de Caval'o Silva ha cambiado Portugal», en *El País-Negocios*, 19 de marzo de 1995, p. 14.

Las nuevas relaciones exteriores. España

En las dos últimas décadas, los paralelismos han vuelto a acentuarse. Portugal está reorientando sus inversiones exteriores que, como veremos, han aumentado hacia España y algún otro país de la CEE. Pero, sobre todo, parece haber empezado a redescubrir a Brasil como primer destino inversor. En dos años escasos, de enero de 1997 a octubre de 1998, los grandes grupos portugueses han invertido en aquel país nada menos que 800.000 millones de escudos (665.000 millones de pesetas), lo que supone el 28 por 100 de las exportaciones de capital. Los portugueses han comprado redes de hipermercados (como la Jerónimo Martins), compañías telefónicas (Telesp de São Paulo) y de electricidad, cementeras, bancos (como el Bandeirantes) (1).

En el último cuarto de siglo han mejorado notablemente las relaciones económicas entre Portugal y España (especialmente, claro es, en la etapa Cavaco-González, que rompieron las «barreras psicológicas») y han cuajado en importantes proyectos y acuerdos en la actual de Guterres-Aznar (a pesar del diverso signo político en ambos casos). Es muy probable que aquéllas se hayan visto favorecidas por realizarse dentro del marco de la CEE, que las enmarca en su normativa y da seguridad a los acuerdos.

El comercio se ha desarrollado de modo espectacular. En 1991 España tiene a Portugal como el quinto país (tras Francia, Alemania, Reino Unido e Italia) de destino de sus exportaciones, si bien le considera sólo el noveno suministrador. Y eso que entre 1983 y 1991 Portugal multiplicó por diez el valor de sus, hasta entonces, escasas exportaciones, pasando de 24.626 a 273.276 millones de pesetas y alcanzando un índice de cobertura del 64,1 por 100. Pero es que España, que partía de valores más altos, multiplicó en el mismo período casi por ocho sus exportaciones a Portugal, pasando de un valor de 54.283 a 410.428 millones de pesetas (2). Y, de nuevo, generando una sensación de desajuste en el vecino país, en 1997 se alcanza por España un volumen de exportaciones a Portugal que roza los 1,4 billones de pesetas (más

¹ Ver *El País-Negocios*, 25 de octubre de 1998.

² RUIZ DEL ÁRBOL, Antonio (1992), «La inversión española es hoy menos especulativa». Entrevista al embajador de Portugal en España, Carlos Simões Coelho. *Cinco Días*, 10 de marzo.

que a toda Iberoamérica), mientras que las importaciones no llegaban al medio billón (486.000 millones) ⁸.

También se han duplicado en ese período decisivo las inversiones españolas en Portugal, pasando del 8,6 al 19,6 por 100 del total. Los primeros en llegar fueron los grandes bancos (BBV, BCH, Popular, La Caixa, amén de la extraña maniobra realizada sobre el Totta & Açores por Mario Conde, neutralizada luego). Tras ellos han ido haciendo otras muchas empresas. Así, adquiriendo casi siempre empresas privatizadas portuguesas, han «desembarcado» allí o están a punto de hacerlo Repsol y CEPSA, Torras, Argentaria, ENDESA, Telefónica, Tabacalera, Dragados, Meliá, etc.

Pero también Portugal reacciona, y grupos económicos suyos ocupan posiciones en España: así el grupo Espíritu Santo entró en Crucycsa, sociedad de cartera de FCC; Petrogal tiene 170 estaciones de servicio en España; Cimpor controla la cementera gallega Cosmos; Tafisa, filial del mayor grupo privado, Sonae, es líder en aglomerados; Caisa Ceral controla los bancos Luso-Español, de Extremadura y Simeón; Lusomundo controla numerosos cines; y lo mismo ocurre con la papelera Portucel, las pinturas Valentine, la compañía aérea Portugalia, y un largo etcétera ().

La Exposición Universal de Lisboa en el verano de 1998 fue una ocasión magnífica para presentar en sociedad las realizaciones del país en los últimos lustros. En fin, la cumbre bilateal celebrada en Vilamoura el 30 de noviembre de 1998 entre los presidentes Aznar y Cuterres fue, según el mandatario luso, «la más importante y productiva desde nuestras transiciones hace veinticinco años». Se alcanzaron acuerdos calificados de «históricos» sobre los caudales mínimos del Cuadiana, que permitirá a Portugal construir la presa de Alqueva, la mayor de la península; sobre el aprovechamiento hidroeléctrico de los ríos fronterizos; sobre infraestructuras y comunicaciones (futuras autovías y ferrocarriles); la creación de una comisión de arbitraje en los conflictos pesqueros y que Portugal organice en España, en 1999, una exposición que dé a conocer su modernización económica ¹⁰. Ésa es, a vuelo de

⁸ *El País*, 1 de diciembre de 1998, p. 19.

⁹ Fernando BARRIELA, «Tiempo de bodas en el Ruedo Ibérico», en *El País-Negocios*, 1 de junio de 1997, p. 16.

¹⁰ *El País*, 1 de diciembre de 1998, p. 19.

pájaro, la historia paralela y la historia común de la economía de ambos pueblos ibéricos. Por ahora.

Referencias bibliográficas ⁱⁱ

Para este artículo se ha procurado evitar las notas bibliográficas, salvo en precisiones recientes en prensa. Resumirnos, para lectores españoles, apenas lo más a mano de la rica producción portuguesa y algunos títulos clave sobre relaciones mutuas. Con una perspectiva general, enfocan diversas cuestiones y aportan materiales: ARROTEIA, Jorge Carvalho (1985), *Atlas da emigração portuguesa*; AZEVEDO, J. Lucio de (s. a.), *Epocas de Portugal económica: Esboços de historia.*; CASTRO, Armando (1985), *Historia económica de Portugal*, 3 vols.; FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy (1988), «La Historia Económica de Portugal (siglos XIX y XX)», en *Revista de Historia Económica*, VI, 3, 481-520; GASPAR, João (1981), *Portugal em mapas e em números*; GUERREIRO, A. D. (coord.) (1970), *Bibliografia sobre a Economia Portuguesa*; LAÍNS, Pedro (1995), *A economia portuguesa no século XIX. Crescimento económico e comércio externo, 1851-1913*, y «La agricultura y la industria en el crecimiento económico portugués», en *Revista de Historia Económica*, VII, 3, 651-673; MATA, Maria Eugenia, y VALÉRIO, Nuno (1994), *História Económica de Portugal. Uma perspectiva global*; MAYER, J. (1979), *Regional development in Portugal (1929-77). An assesment*; MENDES, J. M. Amado (1993), *História económica e social dos séculos XV a XX* (1994); «A História económica e social nos últimos vinte anos: principais tendencias e metodologias», *Revista Portuguesa de História*, XXIX; MORGADO, N. A. (1979), «Portugal», en LEE, W. R. (ed.), *European demography and economic growth*; OLIVEIRA MARTINS, Guilherme d' (1988), *O Ministério das Finanças. Subsídios para a sua História*; PEREIRA, Miriam Halpern (1981), *A política portuguesa de emigração, 1850-1930*; (1983) *Livre câmbio e desenvolvimento económico*; y (1984) *Política y economía: Portugal en los siglos XIX y XX*. Barcelona; REIS, Jaime (1993), *O atraso económico português, 1850-1930*; SIDERI, Sandro (1961), *Secular trends in the terms of trade between Portugal and the United Kingdom, 1854-1957*, La Haya; TRINDADE, María Beatriz Rocha (coord.) (1981), *Estudos sobre a Emigração Portuguesa*.

Para la coyuntura del fines del XIX y comienzos del XX, CABRAL, Manuel Villaverde (1979), *Portugal na alvorada do século 20: Forças sociais, poder político e crescimento económico 1890-1914*; FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy (1998), «Las agriculturas ibéricas. Crecimiento y atraso: Portugal», en A. MORALES (ed.), *Los 98 Ibéricos y el mar*, Madrid, t. IV, 2:31-245; JUSTINO,

ⁱⁱ En el caso de Portugal, la inmensa mayoría de los libros se imprimen en Lisboa, por lo que, para abreviar, suprimimos este dato, así como las editoras (los sistemas informáticos resuelven, con autor, título y fecha, cualquier posible busca).

David (J 989), *A formação do espaço económico nacional. Portugal, 1810-1913*; MATA, M.ª Eugénia (1985), *As finanças públicas portuguesas da regeneração a primeira guerra mundial*; MIRANDA, Sacuntala de (1991), *Portugal: o círculo vicioso da dependência (1890-1939)*.

Sobre la República, además de la utilísima *Guía da História da 1a. República Portuguesa* de OLIVEIRA MARQUES, A. H. de (1981) y su propia *Historia del período*, no superadas por la de VERISSIMO SERRÁO, J. (s. a.), *História de Portugal*, vol. XII, *A primeira República (1910-1926)*, pueden verse: CASTRO, Arnando (1979), *A economia portuguesa no seculo XX (1900-1925)*, y FERRAZ, J. M. (s. a.), «O desenvolvimeno socioeconómico durante a primeira República (1910-1926)» >>, *Análise Social*, 42-43, 454-471.

La ingente bibliografía sobre el Estado Novo debe ser vista con cautela. Entre los estudios más recientes, de tipo global, ver ROSAS, Fernando (1986), *O Estado Novo nos anos trinta. Elementos para o estudo da natureza económica e social do salazarismo (1928-1938)*, Lisboa, y el excelente lomo dirigido también por ROSAS (1994), *O Estado Novo (1926-1974)*, t. 7 de la *História de Portugal* dirigida por MATTOSO, José; algunos de los trabajos recogidos en (1987), *O Estado Novo. Das origens ao fim da Autarcia. 1926-1959*, vol. 1. Y, entre las monografías, AZEVEDO, Cândido de (1988), *A crise da Bolsa que mudou Portugal*; BRANDÁO DE BRITO (1989), *A industrialização portuguesa no pós-guerra (1948-1965). O condicionamento industrial*; FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy (J 977), *Portugal en los años veinte. Los orígenes del Estado Novo*, Valladolid; LOPES, José da Silva (1997), *A Economia Portuguesa desde 1960*; MARQUES, Alfredo (1988), *Política económica e desenvolvimento em Portugal (1926-1959)*; MARTÍNS, María Belmira (1976), *As multinacionais*; MATOS, Luis Salgado de (1973), *Investimentos estrangeiros em Portugal*; MEDEIROS, Fernando (1987), *A sociedade e a economia portuguesas nas origens do salazarismo*; PINTADO, Xavier (1964), *Structure and growth afthe portuguese economy*, EFTA; SILVEIRA, Joe! Frederico da (1982), «Alguns aspectos da política económica do fascismo, 1926-1933», en *Ofascismo em Portugal*, *Actas do Coloquio 1980*; VALÉRIO, Nuno (1994), *As finanças públicas portuguesas entre as duas guerras mundiais*, y WIARDA, Howard J. (1977), *Corporatism and Development. The Portuguese experience*, Amherst, University of Massachusetts Press.

Uno de los aspectos que ha originado más interesantes estudios es el de la economía de las colonias. Pero como no hemos prestado atención a fondo a ese asunto, dejamos de lado su amplia y, por lo general, buena bibliografía.

Para las relaciones económicas con España, además de remitir a los principales libros de (o coordinados por) DE LA TORRE, Hipólito (1983), *Antagonismo y fractura peninsular. España-Portugal, 1910-1919*, Madrid; (1984) *Del «peligro español» a la amistad peninsular. España-Portugal, 1919-1930*, Madrid; (s. a.) *La relación peninsular en la antecámara de la guerra civil de*

España (1931-1936), Mérida; (1991) *Portugal, España y Europa. Cien años de desafío (1890-1990)* (IH Jornadas de Estudios Luso-Españoles), Mérida; (1992) *Portugal, España y África en los últimos cien años* (IV Jornadas de Estudios Luso-Españoles), Mérida; (1996) *El Portugal de Salazar*, Madrid, y (coon!). (1989) *Portugal y España en el cambio político (1958-1978)*, Mérida; con SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep (1992), *Portugal en el siglo XX*, Madrid; y con VICENTE, A. P. (dirs.), *España-Portugal. Estudios de Historia Contemporánea*, Madrid, Complutense, se pueden consultar: BAKLANOFF, Eric. M. (1980), *La transformación económica de España y Portugal*, Madrid; CASAS MARIN, José Luis (1968), *Relaciones histórico-económicas entre España-Portugal a través de los FFCC*, Madrid; FERREIRA, José Medeiros (1989), *Um Século de Problemas. As relações luso-espanholas da União Ibérica a Comunidade Europeia; Informação Comercial Española* (1972), 461, enero, 41-76; JIMÉNEZ REDONDO, Juan Carlos (1996), *El ocaso de la amistad entre las dictaduras ibéricas, 1955-1968* Mérida, UNED; OLIVEIRA, César (1995), *Cem anos nas relações luso-espanholas. Política e Economia*; y RUIZ MORALES, J. M. (1946), *La economía del bloque Hispano-portugués*, Madrid.

Sobre la etapa iniciada en 1974 y hasta nuestros días, además del excelente tomo coordinado por MEDEIROS FERREIRA, José (1994), *Portugal em Transe*, t. 8 de la *História de Portugal* dirigida por MATTOSO, José, ver, entre muchos, los estudios de SILVA LOPES, José da, *A economia portuguesa desde 1960* (1996), YFILOMENA MONICA, María (1990), *Os grandes patrijes da indústria portuguesa*, Lisboa. Sobre éstos, hay una buena monografía: *Champalimaud* (1997), por FREIRE ANTUNES, José. Va desarrollándose la *História Empresarial em Portugal*, sintetizada en el monográfico de *Análise Social*, 136-137 (1997), coordinado por LAÍNS, P., y FERREIRA DA SILVA, A. La amplia literatura reciente sobre la incorporación a Europa y la situación reciente es mucho más asequible y su mera cita nos desbordaría aquí.